

vale esto tanto como el bautismo y la transubstanciación? En fin, en una carta dirigida al obispo de Londres, Toland dice «que la libertad civil y la tolerancia religiosa han sido dos objetos principales de sus escritos.» Cuando se hablaba de libertad á las gentes de Iglesia, éstas clamaban contra la licencia: segun ellas, todos los que reclamaban tolerancia eran ateos. «Estais en un error, les responde Toland; yo quiero la libertad sin licencia: yo soy tolerante sin ser indiferente» (1). Esta religion que quiere emancipar el espíritu humano ha llegado á ser la de la humanidad moderna.

N.º 5.—*Los defensores de la revelación.*

Los deístas encontraron numerosos adversarios en el seno de la Iglesia anglicana. A fines del siglo XVII el caballero Roberto Boyle empleó una gran parte de su fortuna en fundar premios para la defensa del cristianismo. Este es un rasgo característico de la raza inglesa. En lugar de recurrir al cadalso ó á la prision, los ortodoxos tomaron la pluma para defender su fe: ¿No vale más esto que la inquisición y la censura de la Iglesia católica? Cuando los filósofos en Francia, exagerando las tendencias del deísmo, atacaron la base de toda religion, el clero pidió á gritos la intervención del gobierno para contener el desbordamiento de la incredulidad: solicitó, exigió medidas de represión. Y ¿cuál fué el resultado de aquella lucha del poder contra el libre pensamiento? La incredulidad fué creciendo é incurrió en los excesos del ateísmo y del materialismo. En Inglaterra los obispos no se desdijeron de entrar en liza: al libre pensamiento respondieron con el pensamiento. Aquella lucha pacífica tuvo resultados completamente diferentes de los que dió la guerra de persecución que la Iglesia de Francia hizo á la filosofía. El deísmo no degeneró en ateísmo: desapareció ó se transformó.

¿Significa esto que hayan triunfado los adversarios del deísmo? Para decidir quién fué vencedor, es preciso ver ante todo qué principios opusieron á los deístas los apologistas del cristianismo.

(1) *Life and writings of Toland*, p. 83.

Aquellos apologistas eran cristianos, pero cristianos reformados; ahora bien, la reforma no tiene confesión fija, inmutable, como el catolicismo: en vano trató de darse esa funesta inmutabilidad formulando sus dogmas: ya hemos dicho que el clero anglicano, aunque firmó los XXXIX artículos, no creía ya en ellos. Fuera del anglicanismo oficial se agitaban una multitud de sectas, y cada una se formaba diversa idea del cristianismo: Locke era sinceramente cristiano, aún cuando reducía el principio de la fe á la creencia en Jesús como Mesías ó como profeta: Clarke, uno de los defensores de la religion cristiana, era antitrinitario, y por consiguiente, le faltaba muy poco para negar la divinidad de Jesucristo. Los católicos no comprenden esta variedad infinita de creencias que se llaman todas cristianas: segun ellos, no hay más que un cristianismo, el de Roma; y los pretendidos cristianos que se hallan fuera de su Iglesia, son poco más ó menos como los infieles ó los libres pensadores. Escuchemos á un historiador de la Iglesia católica: Clarke y Locke, dice el abad Rohrbacher, eran tan cristianos como Mahoma y el Gran Turco. Locke, lo mismo que Mahoma, se limita á afirmar que Jesús es el Mesías. Y todavía es más explícito Mahoma que Locke sobre este punto» (1). Este juicio revela una intransigencia excesiva, pero encierra también un instinto de la verdad. Bossuet no se engañaba al decir que el protestantismo era un primer paso fuera del cristianismo, y que los reformados llegarían fatalmente hasta el socinianismo, es decir, hasta el racionalismo. Por lo tanto los deístas y sus adversarios protestantes se hallaban muy poco distantes: no había entre ellos más que una diferencia de grado, seguían el mismo camino; sólo que los unos formaban la vanguardia y avanzaban resueltamente, mientras que los otros los seguían lentamente y un tanto á su pesar; pero de todos modos avanzaban incesantemente y habían de acabar por reunirse con los primeros.

Hemos dicho que los deístas pasan con razón por discípulos de Locke en el sentido de que querían un *cristianismo racional*, una religion que pudiese ser aceptada por la razón. No había más que un medio de conseguirlo, que era transformar el cristianismo histó-

(1) RÖHRBACHER, *Historia de la Iglesia católica*, t. XXVI, p. 441.

Los filósofos no estaban acordes en ningún punto, ni acerca de Dios, ni acerca del alma, ni acerca del destino del hombre. Se alaba su moral; pero ¿no es cosa sabida que la tomaron del mosaísmo?» (1). Los Padres de la Iglesia decían más: acusaban á los filósofos de haber robado á Moisés su doctrina. La acusación se ha vuelto contra los acusadores. Supone, en efecto, que haya identidad entre la ciencia de los filósofos y la verdad revelada; ahora bien, este robo es una fábula inventada para salvar el honor de la revelación. Lo que hay de cierto es que los filósofos por las solas luces de la razón, han descubierto las verdades esenciales de la religión y de la moral. En vano se les echan en cara sus contradicciones. ¿Acaso los teólogos cristianos están conformes acerca de Dios y del alma? ¡Singular conformidad! Unos admiten un Dios y tres personas, otros niegan la Trinidad. Estos, y entre ellos algunos Padres de la Iglesia, enseñan que el alma es corporal; aquellos, que es esencialmente espiritual. Acerca del destino del hombre reina la misma interesante conformidad; unos necesitan absolutamente un infierno para dar satisfacción á su caridad; otros añaden el purgatorio: los hay que rechazan el purgatorio y el infierno, como invenciones dignas de un verdugo. ¡Y se atreven á echar en cara á los filósofos el no estar acordes entre sí! Para saber la verdad acerca de la relación entre el cristianismo y la religión natural, hay que invertir la tesis de los ortodoxos: el cristianismo ha tomado de la religión natural lo que tiene de verdadero: todo lo que le es propio, sus misterios y sus sacramentos, son errores ó supersticiones.

Los deístas encontraron otros adversarios mucho más numerosos: éstos tenían demasiado buen sentido para negar la existencia de la religión natural, y demasiada ciencia para sostener que los filósofos habían tomado su doctrina de la Biblia. Arguyeron acerca de la insuficiencia de la religión natural; por esta insuficiencia, Dios mismo reveló la verdad á los hombres. Esta defensa del cristianismo ha llegado á ser un tema favorito para los ortodoxos. Pero si se les pregunta por qué es insuficiente la religión natural, ya no están conformes. La mayor parte responden: porque hay

(1) LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 362.

verdades que el hombre no puede descubrir por las fuerzas de su razón, puesto que son superiores á ésta; éstos son los misterios que hacen la esencia de la religión, y por esto la religión natural no ha sido ni será nunca más que una religión quimérica. Los deístas habían respondido de antemano á esta apología, haciendo la crítica de los misterios. ¿Qué necesidad puede tener el hombre de misterios de los cuales no comprende una palabra? Y ¿cómo han de perfeccionar su inteligencia ó su alma unos dogmas que no son para él más que un sonido vano? Y si no contribuyen á su salvación en la verdadera acepción de la palabra, ¿qué tienen que ver con la religión?

No acertáis, dice el rector de un colegio de Oxford, el más inteligente sin disputa de los adversarios del deísmo; si la religión natural es insuficiente, es porque carece de sanción, porque la única sanción de la religión consiste en las recompensas y en las penas eternas (1). ¿Debemos admirar ó deplorar la ceguedad de los apologistas cristianos? Lo que censuran en la religión natural constituye precisamente su gloria, y lo que consideran como el fundamento más sólido de su fe, es la causa de su ruina. Sí; es muy cierto que la religión natural no conoce el infierno; es más, demuestra que no puede haber penas eternas, infinitas, aplicadas á faltas cometidas por un ser finito, á menos de hacer de Dios un tirano incomprensible. Y por haber imaginado esta horrible sanción, es por lo que los hombres no quieren creer en la pretendida revelación. Si la Iglesia ha dominado por los terrores del infierno, también perecerá por esta impía creencia.

Los apologistas del cristianismo estaban muy distantes de pensar que su apología se había de volver contra la revelación. Creían, por el contrario, que el temor de las penas eternas era lo que separaba de la religión á los incrédulos, porque para ellos incredulidad y licencia en las costumbres eran sinónimos. Escuchemos á los ministros de la Iglesia que alcanzaron los premios fundados por el caballero Boyle: «Enteramente licenciosos en sus escritos y en sus costumbres, se ve claramente que los incrédulos no defienden su doctrina sino porque favorece el vicio, de suerte

(1) CONYBEARE en LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 364.

rico, interpretándolo libremente á la luz de la ciencia y de la conciencia modernas. Pero por este camino se va muy léjos: los deistas rechazaron todo lo que hay de *misterioso* en el cristianismo, como incompatible con la razon. ¿Qué quedaba, pues, del cristianismo tradicional? Nada, porque lo que lo caracteriza esencialmente es lo sobrenatural, el elemento milagroso. Para salvar la revelacion cristiana imaginó Leibnitz la famosa distincion de lo que es contrario á la razon y de lo que únicamente es superior á la razon. Un ministro presbiteriano, siguiendo las huellas del filósofo alemán, sostuvo contra Toland que el cristianismo era superior á la razon, si se consideraba la razon en el estado de pureza y perfeccion que tenía ántes del pecado; pero que era contrario á la razon oscurecida y degradada por el pecado de Adán (1). Esto al ménos es claro. La razon ántes del pecado es una cosa imaginaria, y de todas maneras, por efecto del pecado hemos perdido aquel dón magnífico; por consiguiente, es lo mismo que si nunca lo hubiésemos tenido. Tomando nuestra razon tal cual hoy es, podemos decir con el ministro presbiteriano que es contraria al cristianismo. ¡Imprudentes apologistas! Preciso es que sean bien ciegos, ó que su causa sea muy mala, porque cuanto más celo emplean en su defensa, más la comprometen. A aquel digno ministro de la Iglesia la razon podría responderle: «Amigo mio, no sois lógico. Si tanto os gusta una religion que es contraria á la razon, volved al seno de la Iglesia romana: allí encontrareis el ideal de este género; allí tendréis el gusto de creer en los dogmas de la transubstanciacion y otros muchos, no á pesar de ser absurdos, sino porque son absurdos. Si, por el contrario, quereis permanecer en el seno de la reforma, debeis conceder algun lugar á la razon, y no os debe extrañar que la razon se haga cada vez más lugar, hasta que el cristianismo se convierta en una religion racional; entónces daréis la mano á los deistas!»

A la religion del absurdo opusieron los deistas la religion de la naturaleza, dándole el nombre de cristianismo. La lucha tenía, pues, lugar entre una religion revelada milagrosamente, sobrenatural, y la religion revelada por la razon, la religion natural. ¿Qué

(1) *The life and writings of Toland*, p. 15.

pensaban los apologistas cristianos de esta religion de la naturaleza? Para los más ortodoxos era la abominacion de la desolacion; un celoso anglicano respondió á Tindal que la religion natural era la religion de los caballos (1). Es lástima que aquel celoso ministro de Dios, en su modestia, haya guardado el anónimo: su nombre merecía pasar á la posteridad, y él mismo hubiese sido digno de ser un príncipe de la Iglesia que venera á Tertuliano, el admirador del absurdo, como uno de sus padres. No todos los ortodoxos tenían aquella firmeza en la fe, ni aquella elevacion de miras. Los había que se contentaban con decir que la religion natural era una quimera. Esta frase tuvo acogida. Es muy cierto que la religion natural no tiene por revelador un Dios hecho hombre; pero ¿no será otra quimera ese mismo Dios-hombre? Las tres cuartas partes del género humano lo dicen, al paso que nadie acusa de quimérico al Dios autor de la religion natural. Verdad es tambien que la religion natural no tiene Escritura dictada por el Espíritu Santo; pero hay tantos de esos libros sagrados en las diversas religiones, que evidentemente todos no pueden ser obra del Espíritu Santo; luego hay algunos falsos: ¿no lo serán tal vez todos? Esto es peor que una quimera, al paso que la religion natural ha sido escrita por la mano de Dios en la conciencia del hombre, que solamente los locos pueden negar. En fin, es verdad que la religion natural no tiene templos, ni ministros, ni papa; pero los unguidos del Señor, si es que ellos mismos no son una quimera, ¿no fundan su poder en títulos quiméricos, mejor dicho, fabricados *ad hoc*? La religion natural no ha invocado nunca la mentira: su templo es la creacion; sus ministros son todos los hombres que llegan á emancipar su razon de las cadenas del error. ¿Qué diremos de los dogmas de ambas religiones? Si se quieren ver quimeras, es fácil satisfacer este deseo en la teología cristiana, pues todo en ella es quimera, y la quimera llega muchas veces hasta la tontería.

Llegamos á otros adversarios un poco más sensatos; admiten la existencia de una religion natural, pero pretenden que el reconocimiento de sus dogmas es debido á la revelacion cristiana. «¿Qué era la religion natural, preguntan, ántes de la venida de Cristo?

(1) LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 361.

que únicamente la corrupcion inclina la balanza» (1). « Los vicios del corazon, dice otro, llevan con gran facilidad el desprecio del cristianismo; dominados por las pasiones que la religion condena, los infieles buscan su reposo en una brutal indiferencia» (2). ¡En verdad aquellos señores no ganaban bien su dinero, y el buen caballero Boyle hubiera podido dar mejor empleo á su fortuna! Para que los incrédulos obren como se les supone, no solamente hay que suponerlos corrompidos, sino faltos de sentido comun. ¿Quién no sabe que caben arreglos con el infierno lo mismo que con el cielo? En la misma época en que Boyle daba sus bienes con la esperanza de atraer á los impíos á la fe, habia un rey muy piadoso, que por consiguiente no podia ménos de conseguir su salvacion, y que sin embargo no se habia privado de ningun placer mientras sus fuerzas se lo habian permitido. Si Luis XIV podia salvarse á pesar de haber tenido tres reinas, á imitacion del sabio Salomon, evidentemente los hombres de pasiones brutales hacian muy mal cálculo con profesar la incredulidad, porque siempre corrian el riesgo del infierno; al paso que, continuando en el seno de la Iglesia, podian revolcarse en el fango y dormir á pierna suelta, porque aquella buena y santa madre se encargaba de conseguir su salvacion.

Hablemos en serio. Los predicadores de Boyle combatian la incredulidad con un celo sumo, no lo dudamos, pero no conocian á los hombres con los cuales tenian que habérselas. Los deistas ingleses no eran incrédulos. ¿Es un incrédulo, es un impío el que cree, como lord Herbert, que hay un Dios, una Providencia, una justicia divina? ¿No son éstas las creencias fundamentales del cristianismo? ¿Qué más creen los ortodoxos? Que hay un Dios-Hombre, que hay una Trinidad, que hay una predestinacion, que hay penas eternas, que hay un pecado original por el cual todo hombre merece el infierno, que hay misterios y sacramentos, que la criatura puede comerse á su Creador. Hé aquí una porcion de cosas que los deistas no creen ciertamente. ¿Eran por esto incrédulos?

(1) TURNER, *La Sabiduría de Dios en la redencion del hombre* (Recopilacion de Boyle, t. III, p. 439).

(2) El doctor HENRY, *Obligacion de creer la religion* (Recopilacion de Boyle, t. V, p. 434).

dulos? Entónces, preciso es decir que la inmensa mayoría, no ya de los hombres, sino de los cristianos, no ya de los reformados, sino de los católicos, son incrédulos. Solamente los niños y las mujeres, solamente las clases más ignorantes de la sociedad han conservado su fe en todas estas cosas. La humanidad ha llegado á tal estado, que todos aquellos cuya razon tiene conciencia de sí misma, no creen ya nada de cuanto el cristianismo encierra de milagroso y de sobrenatural. En este sentido la incredulidad es general.

¿Qué deben hacer en este estado de cosas aquellos que se interesan por la religion? ¿Se harán defensores obstinados de las creencias que rechaza el espíritu humano? ¿Clamarán contra la incredulidad? ¿Se irritarán contra los que abandonan el cristianismo oficial, suponiéndoles todas las malas pasiones? Esto es lo que hacian los adversarios de los deistas, y al hacerlo, demostraban que no conocian las causas verdaderas de la incredulidad. Que haya habido en los siglos pasados, que haya hoy todavía hombres fútiles, en los cuales el libertinaje de las costumbres engendra el libertinaje del espíritu, no tratamos de negarlo. Pero, seguramente, no se incluirá entre estos libertinos á un Locke, un Shaftesbury, un Woolston. Estos son incrédulos de nueva especie, son creyentes, pero que no participan de la fe de la Iglesia. Su número va creciendo de día en día. En vano se predicará á éstos, como lo hacian en los siglos XVII y XVIII, que la corrupcion es el origen de su incredulidad, porque esto no es cierto; en vano se los llamará al seno de la Iglesia, porque son incrédulos, no porque no quieran creer, sino porque no pueden ya creer. Estos incrédulos, á diferencia de los libertinos, no se convertirán nunca. ¿Quiere esto decir que perecerá la religion si esta incredulidad se difunde, y que sea necesario contenerla á toda costa?

Así lo dicen hoy los defensores de la Iglesia. Pero tengan cuidado. Desde luégo su tentativa de resucitar la antigua religion no puede tener éxito, porque es la más imposible de las imposibilidades: implica una contradiccion patente. Los incrédulos de que estamos hablando, ¿no se han formado precisamente á causa de los misterios y de lo sobrenatural, que constituyen la esencia del cristianismo histórico? ¿Y se quiere ahogar la incredulidad, haciendo nue-

vamente que los hombres crean en lo sobrenatural y en los misterios! En nuestros dias ha tenido lugar esta prueba en el seno de la Iglesia católica. Se ha forjado un nuevo misterio; y ¿qué se ha ganado con esto? Si la inmaculada concepcion ha hecho más espesas las tinieblas de la supersticion en las clases en que reinan la ignorancia y la estupidez, ha alejado del cristianismo á muchos hombres que seguian en él por su educacion y por sus relaciones. ¡Sirva esta leccion á la Iglesia! Y si la Iglesia persiste en ser ciega, ¡aprovechen la enseñanza los hombres que están convencidos de que la humanidad no puede vivir sin religion! La cuestion que se debate entre los incrédulos y los ortodoxos consiste en saber si ha de haber todavía una religion, ó si hemos de decir con los materialistas que la religion es un largo extravío del espíritu humano. Esta pregunta nos hace volver nuevamente á los deistas. Nuestra respuesta es que el deismo es el único medio de salvar la religion.

¿Dónde hay hoy más fe, en los países católicos ó en los países protestantes? La fe se ha conservado entre los reformados y en todas las clases de la sociedad: ¿habrá que preguntar la razon? Pues es porque la fe se ha trasformado. ¿Y cómo, por quién, bajo qué influencia se ha operado la trasformacion? Por el lento trabajo de la razon, es decir, por el movimiento que se llama deismo; si todavía hay cristianos, es porque, como queria Locke, el cristianismo se ha hecho *racional*. Ya no hay deistas, se dice. Nosotros respondemos que hay más que nunca, pero se llaman reformados; todas las sectas protestantes llevan esta direccion. En los países católicos el destino de la religion es muy diferente. Allí se cree que no hay más que un medio de tener religion, que consiste en creer lo que es increíble y en practicar mil y más supersticiones que encadenan la razon humana á los piés de un sacerdocio ambicioso. Todo hombre que quiere conservar la independenciam de su razon, deja de ser católico. Todos los que se resisten á someterse á la degradante dominacion del sacerdote, dejan de ser católicos. Y al dejar de ser católicos, ¿en qué se convierten? La mayor parte pasan del exceso de la credulidad al exceso de la impiedad. No hay más que un medio de salvacion para ellos, y es el deismo, la religion natural. Bendigamos, pues, á los deistas: aque-

llos á quienes se acuse de ser los enemigos de la religion, son sus salvadores.

§ III.—Los filósofos franceses y la religion.

N.º 1. — *El deismo inglés y la filosofía francesa.*

I.

¿De dónde procede la filosofía del siglo XVIII? A esta pregunta los adversarios de los filósofos responden: «Nuestros incrédulos franceses, y entre ellos los primeros de este siglo, no son más que copistas, plagiarios de los Ingleses» (1). Llegan hasta fijar la época de esta importacion, como si se tratase de alguna mercancía de contrabando que los Ingleses hubieran introducido en Francia: «Esto tuvo lugar, dicen, bajo el regente. Mientras vivió Luis XIV, apenas se conocian en Francia los escritos en que los libres pensadores de Inglaterra atacaban al cristianismo en nombre de la razon. Despues de su muerte la licencia del espíritu corrió parejas con la licencia de las costumbres: las obras de los deistas ingleses inundaron la Francia. No habia maestrillo que no tuviese la pretension de ser un *espíritu fuerte*. Los Franceses son por su naturaleza *frondistas*, dice uno de sus poetas; abrazaron con pasion la incredulidad. Los literatos le dieron el atractivo de la forma: todo el mundo quiso ser filósofo, á la manera de los libres pensadores de Inglaterra. De aquí el veneno de la impiedad que infestó todas las clases de la sociedad» (2).

Los que sienten simpatías hácia el libre pensamiento deben acoger con desconfianza esa especie de acusacion contra la filosofía del siglo XVIII, porque procede del campo enemigo. Los testimonios que acabamos de consignar son los del cardenal Fleury y del abate Bergier; el primero, poco amigo de los filósofos, y el

(1) BERGIER, *Diccionario de Teología*, Introduccion, § 9, y en la palabra *Incrédulos*.

(2) Véanse los extractos de las memorias manuscritas del cardenal FLEURY en SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII.ten Jahrhunderts*, t. I, p. 523.